

## Libros Nuevos



N manos de uno de nuestros redactores está el volumen «NUESTROS POETAS», antología de la poesía chilena moderna seleccionada por Armando Donoso y acompañada de prólogo y notas del mismo autor.

Circunstancias imprevistas nos han impedido publicar en este número el correspondiente estudio acerca de la obra. Lo insertaremos en el número próximo.

Alone

## Un grande escritor desconocido en Chile

ANDRE MAUROIS



A celebridad literaria, como las otras, tiene sus caprichos.

No ha mucho leímos en «La Revue Hebdomadaire» una biografía de Percy Bysshe Shelley, el gran poeta inglés compañero de Byron, escrita por André Maurois. El prologuista, Francisco Le Grix decía: «No necesitamos presentar a M. Maurois. Raro es que la nombradía literaria surja de un primer volumen y se mantenga; pero la juvenil gloria de nuestro autor ha resistido a su rápido crecimiento. Parecía difícil continuar los Silencios del Dr. Bramble: sin embargo los discursos del Coronel O'Brady obtuvieron el mismo éxito». Agregaba una serie de elogios, comparaba a Maurois con Voltaire y France, afirmaba que sus ediciones sucedíanse tan numerosas en Francia como en Inglaterra.

El libro nos pareció una simple y deliciosa obra maestra, fina, espiritual, ligera, originalísima, llena de viveza y seducción. Creímos que su autor gozaría en nuestros círculos intelectuales del favor que se otorga a los buenos escritores franceses e interrogamos a unos y otros, con esa alegría íntima y ese deseo de comentar que producen los placeres espirituales muy intensos. Pero nadie conocía a André Maurois, nadie lo había leído, nadie lo había oído nombrar, ni Armando Donoso, ni don Carlos Silva Vildósola, ni siquiera Omer Emeth.

Todos hablaban de Proust, el raro y misterioso caminante del Camino de Swan que nos lleva por senderos secretos en frases interminables... e ignoraban el genio alegre, hecho de claridad y simpatía, de éste que parece la última y más perfecta encarnación del alma francesa.

Porque ante todo y después de todo, Maurois es francés de Francia, moderado y chispeante, heredero de los clásicos y dueño de su propio tesoro, puro y fácil, refinado y sencillo, accesible a cualquiera e imposible de imitar. Tiene todas las características de su tierra y sólo se diferencia de sus hermanos en los cambiantes matices de la más graciosa y simpática de las fisonomías.

Su «Ariel o la Vida de Shelley» puede clasificarse entre las obras del género histórico, pues cuenta fielmente una vida; pero es de esa clase de historia que, como decía Taine «no nos dá una lección sino una fiesta». ¡Y qué fiesta! La existencia entera de un poeta, uno de los más dignos de este nombre que hayan existido, que empieza como un idilio, sigue como una novela y muere en tragedia de Shakespeare, todo ese poema real que representó Shelley seguido paso a paso, con cuadros, con diálogos, con tipos reales que llevan nombres históricos, risueño, apasionante y sentimental.

No se sienten las palabras ni las frases; imágenes e ideas se encadenan con tal perfecta y natural armonía que la mirada del lector pasa directamente a los hechos. Sólo de cuando en cuando, el adjetivo inesperado o la feliz combinación de los períodos, llenos de ironía oculta, advierten al lector atento que, bajo su respeto a los moldes, el escritor revoluciona las costumbres del lenguaje, rompe alianzas consagradas, sacude asociaciones rutinarias e inventa sin cesar la trama íntima del estilo, dándonos juntas la comodidad de lo antiguo y la sorpresa encantadora de lo nuevo.

Así es su espíritu.

Parecida a todas, su sonrisa no podría igualarse a ninguna, Voltaire dispara flechas y hace cabriolas en el aire, muestra todos los dientes y da mordiscos a plena boca; Swift destila sin cesar un veneno espeso y amargo, un licor concentrado que daña; detrás de todas las insinuaciones de France se divisa un vacío blanco, el absoluto nihilismo filosófico, y el fondo de su escenario llega a resultar monótono: demasiada alegría superficial sobre demasiada tristeza profunda. Maurois pone en todo algunas gotas de la miel que poseía, acaso en excesiva abundancia, el creador de David Copperfield. Pero no se sabe dónde está su bondad. Se la siente delicada, suave, insinuante: cuando la queremos buscar, no la encontramos; y debemos contentarnos con seguir oyendo el murmullo de la fuente invisible.

Talvez la esencia de su encanto resida en el fundamental equilibrio de sus facultades.

Maurois nunca se exalta más allá de la medida: nos pone delante de las cosas y de los seres y nos deja libres. Ahí tenemos a Shelley, iluso, infantil, noble, ligeramente en ridículo; a Byron suntuoso, grandilocuente, teatral, nostálgico, el polo opuesto de su compañero; y el coro de los personajes menores, tan divertidos. Mr. Timothy con su alma pomposa, el viejo avaro del abuelo, cínico, y agradable, Hogg prudente y práctico, Elisabeth, la hermana fiel, pariente de Henriette Renán y Lucila Chateabriand, de Eugenia de Guérin y Jacqueline Pascal, Harriet y las demás novias, el inefable Godwin, tantos otros, cada uno con

su carácter típico inconfundible, todos breves y profundamente analizados, con su filosofía completa, su dosis de bondad y de maldad humanas. La mirada del autor los abarca desde lo alto y los ilumina por parejo, como la naturaleza, y si no temiéramos disonar en la moderación del tono que Maurois exige, diríamos como el autor de la Naturaleza,

Terminemos mejor, sin solemnidades, afirmando que la lectura de Maurois produce bienestar al cerebro, hace bien al espíritu, levanta y como que organiza todas las fuerzas interiores que cierta literatura moderna se empeña en desquiciar como si fuera un trabajo muy necesario y muy difícil.

ALONE.